BOÉCHAT, SUSANA

.

BEATRIZ Y EL PARAÍSO

Sólo era un sueño,
Dante,
¿no lo sabes?
Sólo la irrealidad
te devolvió la amada.
Virgilio se había ido
—tu maestro—
Beatriz
—la negada en la vida
y en la muerte—
desvanecía paraísos inventados.
Ausente de ella,
sonrisa perseguida la mirada
fugaz celeste
elevación ajena
la Rosa de los Justos
—cielo prometido—
anidó su imagen
etérea
frágil
esplendente
como tú querías.

EL LLAMADO

Me llamaba la casa
aquella tarde.
Era un claro enero
de azules y modorras.
La abuela descansaba.
Entreveía su sillón
acurrucado,
la cancel de humedades
y de sombras,
el largo laberinto

de los patios.
Enfilé los pasos
transitados.
El corazón me hablaba
del encuentro.
Los paraísos de la calle
entretejían
techumbre de verano.
Fue un golpe fugaz,
visión acaso,
la puerta abierta
y el eco de mi nombre,
el rostro de la abuela
dibujado.

LA AMANTE

La diseccionan.
Desconocida ausente
no es dueña de su cuerpo.
Las limosnas no han podido con la amante
—andrajo y luto.
Nuevos hechiceros blancos
acuden al convite.
No comparten el lecho.
La observan como luminaria sin luz
—extraña mariposa del pasado—
Exploran su interior —útero sangrante—
y clavan instrumentos sangrantes
en su carne débil.

LA OTRA

Yo fui la Helena
que lloró Cartago
y amó a los invasores.
Su delirio
y también la Eva
primigenia
que azorada huyó
del Paraíso
y Penélope tejiendo

y destejiendo,
la Juana de los mártires, hoguera,
la cautiva soñada por los
indios,
esa mujer que huye
del espejo.
Y fui todas
las mujeres:
María, la Francesca y Magdalena.
Y arderé como ellas en el Tiempo.
Mientras otra mujer,
apenas hembra,
nace en el reducto del instante
del Vientre eterno
y de la Vida.

LA PALOMA

De las palomas
me impresionó la blanca
tan distante, tan etérea.
Distinta en la bandada,
absolutamente quieta
entre las otras.
Intenté captar su esencia
deliciosamente arriba.
Mi cámara acompañó
su vuelo de sol
su clara luz iluminada
—objetivo congelado
y desafiante—.
Pero no pude retenerla
con la imagen.
Como a ti madre,
que vuelas en altura.

LA PALOMA SIN NOMBRE

Una paloma sin nombre
posó su gris metálico
—fosforescencias violetas
ojos suspicaces—

en mi ventana.
La hallé al regresar de visitarte
en esa dimensión desconocida
desalada de vientos y de noche.
Por un momento llamaba la paloma
la paloma llamaba perlada de quilates
la paloma estaba quieta, sorprendida.
La paloma. Por un momento tu voz se confundía
en el arrullo monocorde de plumones.